



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 4

CBX 109 NUEVO TESTAMENTO I

Piñero, Antonio. “La existencia histórica de Jesús de Nazaret, hoy”.
En *Aproximación al Jesús histórico*, 26-42. Madrid: Editorial Trotta,
2018.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

IV. LA EXISTENCIA HISTÓRICA DE JESÚS DE NAZARET, HOY

1. *El malentendido básico*

Es necesario aclarar y matizar algo importante respecto al malentendido básico arriba aludido. Una cosa es preguntar históricamente por Yeshúa ben Yosef, es decir, por Jesús de Nazaret, y otra muy diferente preguntar por Jesús-Cristo, es decir, Jesucristo. La lectura calmada, reiterada y atenta de los evangelios permite al lector descubrir que en ellos existe *a)* Un referente existencialmente real y razonablemente datable en el siglo I en Israel, es decir, un personaje como Jesús de Nazaret, quien al menos al final de su vida asumió la pretensión de ser el mesías de las promesas. *b)* Otro referente sobrenatural, es decir, un ente mental conocido como el Cristo eclesiástico, una especie de avatar de un dios cósmico que se encarna y baja a la tierra para expiar mediante su pasión, muerte y resurrección los pecados de la humanidad pasada y presente.

Cuando se pregunta sobre el primero, se está pensando en un humilde menestral, un carpintero o maestro albañil, aficionado al estudio de las Escrituras, que gracias a su ingenio y dotes llega a ser —a la luz de las gentes de su alrededor— un verdadero experto en su interpretación, un hombre muy dotado como orador, un sanador y un exorcista, pero que fracasa en su propósito de convencer a las gentes de que el reino de Dios va a venir de inmediato y han de arrepentirse sinceramente para poder ser admitido en él.

Y cuando se pregunta o habla del segundo, el Cristo (celestial), se está pensando en un hijo real físico, óptico de Dios, que existe desde toda la eternidad, que desciende a la tierra por designio de su Padre, para encarnarse en Jesús de Nazaret, y que al final de su vida acepta voluntariamente la muerte en la cruz como un sacrificio necesario para la reconciliación definitiva de la humanidad pecadora, desde Adán, con su creador.

El lector atento que conoce ya, aunque sea someramente, la teología del Nuevo Testamento, puede observar que la contraposición de dos figuras antitéticas responde a la dualidad de modelos soteriológicos que alberga ese corpus cristiano, a saber: *a*) El modelo judío de explicación del intento mesiánico de Jesús —frustrado por la maldad de los mismos judíos—, según el cual Jesús, aunque un mero hombre, fue vindicado por Dios por su resurrección y que volverá muy pronto en gloria para instaurar el Reino y juzgar al mundo; *b*) El modelo paulino de explicación del aparente fracaso de la cruz, entendido como un sacrificio expiatorio en pro de la eliminación de todos los pecados con el fin de obtener la salvación obrada por un mesías semicelestial.

Naturalmente un historiador, y cualquier persona, puede aceptar *a priori* la existencia real del primer personaje y del primer modelo soteriológico judío, porque encaja perfectamente con el ambiente de Israel del siglo I, y porque hay otros individuos de esa época que poseen casi las mismas características, ya sean aspirantes a mesías o sanadores y taumaturgos, como Rabí Honí, el circulero, o Rabí Hanán, de los que nadie niega su existencia. Pero la segunda figura, Cristo, es una suerte de concepto teológico que pertenece por completo a la concepción imaginativa humana, de cuya existencia histórica no puede indagar historiador alguno. Todo ello pertenece al ámbito de la teología y no al de la historia. Por ello, y naturalmente también si se le pregunta a ese mismo historiador si existió Jesús de Nazaret, responderá que es perfectamente plausible; pero si se le demanda si existió Jesús-Cristo, como fusión indisoluble de Jesús y el Cristo celeste, dirá que ese no existió jamás, ya que es una mezcla de historia y de teología. Si las gentes hicieran esta distinción, se dispararían muchas dudas, ya que la mayoría —cuando pregunta si existió Jesús de

Nazaret— está pensando en el Jesucristo de la Iglesia, el cual no puede haber existido desde el punto de vista histórico. La ciencia histórica trata solo del primero, y deja para la teología el segundo.

2. *Crítica de los testimonios externos sobre Jesús*

Cuando se dice que hay «pocos» textos sobre Jesús de Nazaret se refiere a testimonios de historiadores importantes del mundo antiguo, externos por completo al cristianismo, y cercanos a los hechos. Es decir, textos de obras históricas independientes del cristianismo que proporcionen un testimonio fehaciente de que Jesús de Nazaret existió. Diré, en primer lugar, que el argumento en sí de la «escasa o nula mención de Jesús en los historiadores antiguos» me impresiona muy poco, porque hay muchísimos personajes de la historia antigua que nos concierne que jamás fueron mencionados por otros historiadores.

Es sabido que en realidad los testimonios externos sobre Jesús se reducen a tres o cuatro y tardíos. En orden cronológico, una carta del filósofo estoico sirio Mara bar Sarapión, que los estudiosos fechan en torno al 70 e.c.; y las ya mencionadas del historiador judío Flavio Josefo.

A) La carta del estoico Mara bar Sarapión me parece dudosa en cuanto a fuerza probatoria, pues quizá dependa, al menos indirectamente, de fuentes cristianas. Se trata de una misiva que quizás hable de Jesús —puesto que no lo nombra expresamente— como un rey sabio que fue crucificado. He aquí el texto:

¿Qué ventaja tuvieron los atenienses con matar a Sócrates, si luego les sobrevino el hambre y la peste, o los samios con quemar a Pitágoras, si luego su país fue sepultado bajo la arena en un instante; o los judíos en crucificar a su sabio rey, si a partir de ese día el reino les fue arrebatado? Dios vengó con justicia a los tres sabios. Los atenienses murieron de hambre, los samios fueron cubiertos por el mar y los judíos fueron deportados y echados de su reino, viviendo dispersos por todos los sitios. Pero Sócrates no ha muerto, gracias a Platón; Pitágoras, gracias a la estatua de Hera, y el sabio rey, a causa de la nueva ley que promulgó.

Ante la duda, suscitada por el argumento de los errores del autor (por ejemplo, confunde dos Pitágoras: un escultor y el filósofo) y lo indirecto de su testimonio, me inclino hacia la hipótesis de que no es una prueba fehaciente de la existencia de Jesús.

B) Flavio Josefo. Transcribo en primer lugar el segundo texto (*Antigüedades XX 200*), y añado un breve comentario, que me da pie a entender mejor el primero.

[El sumo sacerdote] Ánano [...] convocó a los jueces del sanedrín y trajo ante él a Santiago, hermano de Jesús, llamado Cristo y a otros, acusándolos de haber violado la Ley y los entregó para que los lapidaran. Esto disgustó incluso a los más celosos observantes de la Ley y, por eso, enviaron en secreto delegados al rey, con el ruego de que exigiera a Ánano por escrito que, en adelante, no se atreviera a cometer una injusticia semejante. Algunos de ellos acudieron a Albino [...] y le hicieron saber que Ánano no tenía potestad para convocar al sanedrín para el juicio sin su consentimiento. A consecuencia de este incidente, Agripa lo destituyó a los tres meses de su nombramiento.

Este pasaje señala el vínculo de sangre entre un individuo realmente existente, Santiago, que nadie pone en cuestión, con otro, Jesús, el Mesías. Josefo sería muy mal historiador, o un tonto de remate, si se hubiera dejado engañar señalando ese parentesco entre un personaje real y otro que nunca existió. Por tanto, la existencia de uno —Santiago— implica necesariamente la existencia histórica del otro, Jesús. Sobre este texto creo que hay solo una duda: la frase «llamado Cristo» (o «llamado Mesías»), ¿no será una inserción de un escriba cristiano? ¿Se puede estimar como propio de un historiador judío que recoja esta noticia? Ciertamente la duda es real: es posible en teoría que las primeras líneas de este texto sean una interpolación cristiana. Pero la estimo poco probable. Y la razón es que a lo largo de las *Antigüedades* Flavio Josefo menciona a muchos personajes con el nombre de Jesús (= Josué); por tanto no parece tan extraño que estimara necesario distinguir entre ellos. Santiago era un personaje oscuro para los lectores de Josefo. Pienso que este —que debía de conocer bien la existencia de los cristianos en Roma, donde vivía— podía pensar que la inmensa mayoría de sus lectores eran grecorromanos y que tenía que hacer esa precisión. La fuerza probatoria de la existencia histórica de Jesús del pasaje de Josefo se refuerza si se une con un par de textos de Pablo:

Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro y permanecí con él quince días. Pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Santiago, el hermano (en griego, *adelphós* = hermano de sangre) del Señor (Gal 1,18-19).

Después pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalén [...] los hermanos que gozaban de buena reputación nada me impusieron [...] y reconociendo la gracia que me había sido dada Santiago, Pedro y Juan, tenidos por columnas de la Iglesia, nos dieron la mano a mí y a Bernabé en señal de comunión (Gal 2,9).

Los dos pasajes hacen referencia a dos visitas del Apóstol a Jerusalén (una tres años después de su llamada divina, y otra para el denominado «concilio de los apóstoles»: Hch 15). Pablo, de cuya existencia real nadie

ha podido seriamente dudar, afirma que «Santiago, Pedro y Juan nos dieron la mano a mí y a Bernabé en señal de comunión». ¿Acaso iba a creer Pablo que estaba negociando el sentido de su vida misionera con Santiago, hermano de un personaje mítico, literario, no existente en verdad? Si se aceptara esta hipótesis, habría que pensar que Pablo estaba realmente loco..., y que yo sepa, aunque en toda la historia de la investigación se ha llamado a este de todo —fanático, intransigente, misógino, misántropo, etc.—, pero jamás «esquizofrénico» (Puente Ojea), alguien que pensara que estaba tratando con Santiago, «hermano del Señor», que a su vez nunca hubiera existido. La hipótesis es absurda.

Por tanto, de estos textos sencillos se deduce sin lugar a dudas que tanto Josefo como Pablo están absolutamente convencidos de que Jesús había existido realmente, no que fuera un mero mito literario. A partir de esta conclusión hay que encarar la interpretación del denominado «testimonio flaviano» (*Antigüedades XVIII 63-64*), mucho más sujeto a discusión que el anterior texto josefino:

Por esta época vivió Jesús, un hombre sabio, si se le puede llamar hombre. Fue autor de obras sorprendentes y maestro de los hombres que acogen la verdad con placer y atrajo no solamente a muchos judíos, sino también a muchos griegos. Él era el Cristo. Y, aunque Pilato, instigado por las autoridades de nuestro pueblo, lo condenó a morir en cruz, sus anteriores adeptos no dejaron de amarlo. Al tercer día se les apareció vivo, como lo habían anunciado los profetas de Dios, así como habían anunciado estas y otras innumerables maravillas sobre él. Y hasta el día de hoy existe la estirpe de los cristianos, que se denomina así en referencia a él.

Están de acuerdo todos los investigadores en que el texto ha sufrido las manos de los escribas cristianos, que lo han glosado e interpolado. Los retoques cristianos son, en opinión casi unánime de la investigación, los siguientes: *a)* «Vivió Jesús, un hombre sabio, si se le puede llamar hombre»; *b)* «Era el Cristo»; *c)* «Al tercer día se les apareció vivo, como lo habían anunciado los profetas de Dios, así como habían anunciado estas y otras innumerables maravillas sobre él». Estas frases son ciertamente imposibles en Flavio Josefo, pues representan una clara profesión de fe cristiana y ese autor no lo era; no lo fue nunca. Por tanto, son claramente añadidos cristianos. Si quitamos estas frases más que dudosas, diría que imposibles, quedaría el texto así:

Por esta época vivió Jesús, un hombre [sabio]. Fue autor de obras sorprendentes y maestro de hombres que acogen la verdad con placer, y atrajo no solamente a muchos judíos, sino también a muchos griegos. Y, aunque Pila-

to, instigado por las autoridades de nuestro pueblo, lo condenó a morir en cruz, sus anteriores adeptos no dejaron de amarlo. Y hasta el día de hoy existe la tribu de los cristianos, que se denomina así en referencia a él.

Parece que este pasaje puede atribuirse sustancialmente a Josefo, ya que su estilo e ideas son típicamente suyas. Opino, pues, que la hipótesis de la «autenticidad de ese texto, pero con retoques» es la más convincente. Y existe un argumento suplementario en pro de su autenticidad. Casi todos los investigadores mencionan este famoso pasaje tal cual lo hemos transcrito al principio, aislándolo de su contexto y considerándolo en sí mismo, pero pocos hacen hincapié en el final del texto sobre Jesús que sirve de enlace con el siguiente y que me parece iluminador:

Y por el mismo tiempo [de Jesús] ocurrió otra cosa terrible (*héteron ti deinón*) que causó gran perturbación entre los judíos (*ethorýbei tous ioudaíous*).

Ciertamente el pasaje aclara mucho. De él se trasluce que el núcleo del testimonio de Flavio Josefo sobre Jesús estaba dentro de una lista de personajes y sucesos tristes y malos que impulsaron a los judíos a la desastrosa sublevación del 66 e.c. Por tanto, el historiador judío estaba dando unos breves toques sobre tipos dañinos para el judaísmo y en concreto menciona la vida de un personaje mesianista, Jesús de Nazaret, cuya existencia había causado daños al pueblo judío, pues había potenciado las expectativas mesiánicas; había contribuido notablemente al ambiente exaltado general que llevó al pueblo judío a la catástrofe del año 70 e.c.: destrucción de Jerusalén, del pueblo, de gran parte del país, innumerables gentes hechas prisioneras y esclavas, y muchos muertos.

Flavio Josefo no tenía ningún interés en inventarse la existencia de un Jesús nefasto y colocarla dentro de una lista de personajes para él desastrosos. Luego, si eliminamos los retoques cristianos, el pasaje es un testimonio directo de la existencia de Jesús. Por tanto, el texto no puede eliminarse alegre y desenvueltamente de la discusión, como si todo él fuera un añadido voluntario, con ánimo falsario, por obra de un escriba cristiano que apoyaba así la existencia de un personaje que en el fondo era un puro mito. El argumento se revela insostenible. Lo único que hizo el escriba cristiano fue manipular el texto y presentar a Jesús a mejor luz. Así el retoque consistió en *a*) eliminar un posible principio del texto que ponía a Jesús dentro de una lista de personajes indeseables; *b*) añadir tres frases (las arriba destacadas); *c*) cambiar la más que probable palabra de Josefo *sophistés*, «sofista» (Jesús era un sofista más) por *sophós* = «sabio». Teniendo todo esto en cuenta, no es extraño que el texto de Jo-

sefo reconstruido por R. Eissler en su obra de 1931 *Jesús rey que nunca reinó* sea bastante plausible y comience del siguiente modo:

Por aquel tiempo ocurrió el inicio de nuevas perturbaciones: Jesús, varón sofista... (*archè néon thorybon*).

La reconstrucción del texto griego originario está citada en una amplia nota por el editor, Louis Feldman, del volumen IV de las *Obras de Josefo*⁹. Feldman era un excelente filólogo y un judío muy religioso y conservador, de quien no cabe esperar tantas simpatías por Jesús como para no declarar espurio un texto de Flavio Josefo si así lo creyera. Así pues, según el historiador judío, Jesús de Nazaret agitó con su predicación a las masas judías y fue un eslabón más de los que la condujo a la catástrofe. Lo mismo que antes Juan el Bautista¹⁰, que aparece por ello en la misma lista. Por tanto, si no es posible rechazar en bloque este texto como totalmente inauténtico, y si estimamos la mención josefina de Jesús como muy negativa, no sospechosa de ser una interpolación, debo concluir que es un testimonio directo de la existencia histórica de Jesús de Nazaret.

Algún estudioso podría argumentar que este pasaje de Josefo es demasiado positivo respecto a Jesús, aun despojado de las posibles glosas cristinas. Pero el argumento tampoco es válido: si se estudian las palabras que este texto, en apariencia o por hipótesis más o menos neutro sobre Jesús, utiliza para describir la actividad de este, observaremos que se emplean en el resto de su obra para designar actos negativos. Es esta una tarea propia de especialistas, en la que no puedo detenerme y mostrar listas de palabras unidas a una discusión filológica de su significado en este preciso texto, pero sus resultados son también muy concluyentes.

El otro historiador es Tácito, quien en su obra *Anales* XV 44, afirma:

Este nombre de cristianos viene de Cristo, que fue ejecutado durante el reinado de Tiberio por el procurador de Judea Poncio Pilato.

Casi todos los estudiosos conceden a este pasaje un valor probativo. Pero otros sostienen que esta mención fue interpolada por un escriba cris-

9. Loeb Classical Library, HUP, Harvard, 1965, p. 48

10. Lo coloca en la lista por considerarlo un hombre de cuya predicación se temían desórdenes públicos. Pero no duda en presentarlo como un judío honesto y bueno. Con Jesús hizo lo mismo: lo situó en la lista de personajes que contribuyeron a exaltar el mesianismo judío que condujo a la catástrofe, pero reconoció aspectos interesantes, por ejemplo, haber impulsado un movimiento de seguidores que en su tiempo continuaba con vida en Roma, donde él vivía.

tiano. Naturalmente la interpolación no puede probarse estrictamente, porque aparece en el único manuscrito conservado hasta hoy. Sin embargo, debo sostener honestamente que tiene cierta fuerza el argumento a favor de una interpolación por parte de un redactor secundario, pues eliminada la presunta glosa explicativa (del escriba cristiano), el texto de Tácito fluye mejor. Compare el lector las dos versiones. La primera tal como suele leerse el texto transmitido; la segunda, sin la presunta interpolación:

A) Pero ni los recursos humanos ni la munificencia imperial ni las maneras todas de aplacar al cielo bastaron para acallar el escándalo o disipar la creencia de que el fuego había ocupado el lugar del orden. Por ello, para cortar los rumores, Nerón señaló como culpables, y castigó con la mayor crueldad, a una clase de hombres, aborrecidos por sus vicios, a los que la turba llamaba cristianos. [*Cristo, de quien tal nombre trae su origen, había sufrido la pena de muerte durante el reinado de Tiberio, por sentencia del procurador Poncio Pilato*] y la perniciosa superstición fue contenida durante algún tiempo, pero volvió a brotar de nuevo, no solo en Judea, patria de aquel mal, sino en la misma capital [Roma], donde todo lo horrible y vergonzoso que hay en el mundo se junta y está de moda.

B) Pero ni los recursos humanos ni la munificencia imperial ni las maneras todas de aplacar al cielo bastaron para acallar el escándalo o disipar la creencia de que el fuego había ocupado el lugar del orden. Por ello, para cortar los rumores, Nerón señaló como culpables, y castigó con la mayor crueldad, a una clase de hombres, aborrecidos por sus vicios, a los que la turba llamaba cristianos, y la perniciosa superstición fue contenida durante algún tiempo, pero volvió a brotar de nuevo, no solo en Judea, patria de aquel mal, sino en la misma capital (Roma), donde todo lo horrible y vergonzoso que hay en el mundo se junta y está de moda.

La decisión es dudosa. Personalmente me inclino por la hipótesis de la interpolación. Pero nos queda, al menos, como seguro el testimonio de Flavio Josefo sobre la historicidad de Jesús, y creo que basta.

3. *Crítica de los evangelios sobre la existencia histórica de Jesús*

Naturalmente, existen además de estos pasajes muchos documentos cristianos que dan testimonio de la existencia de Jesús, empezando por los evangelios. Pero antes de argumentar a partir de aquí, hago una observación preliminar: la crítica literaria e histórica, hecha por estudiosos independientes, muchos de ellos agnósticos o incluso ateos, ha demostrado con paladina evidencia que los evangelios fueron compuestos en parte a base de muchos pequeños relatos o colecciones independientes que

recogían dichos o parábolas, anécdotas o hechos importantes de Jesús como sanaciones. Como argumentaremos posteriormente (p. 110), es muy posible que esto ocurriera poco tiempo después de la muerte de Jesús, un año o dos y antes de la llamada divina a Pablo que lo hizo convertirse en creyente de Jesús como el mesías de Israel. Es prácticamente imposible que tales relatos independientes, de múltiples géneros y clases se compusieran por diversas personas y llegaran luego a manos de los evangelistas si ese Jesús hubiese sido un tipo puramente literario, un personaje totalmente inventado.

Doy un paso más: a pesar de que he indicado ya que los escépticos afirman con razón que los escritos evangélicos son testimonios partidistas —están a favor del personaje, están imbuidos por la fe en él— y por tanto su credibilidad es más que dudosa. No entro de momento a discutir este argumento en sí y a dilucidar qué hay de historia verdadera y qué de propaganda religiosa en los evangelios. No niego lo de la propaganda, pero mi propósito ahora es otro: existe un poderoso argumento a favor de la existencia histórica de Jesús que nace de la objeción de índole general contra los mitistas (p. 13) que rezaba así: «Si Jesús fuera un invento de los evangelistas, lo habrían inventado de un modo que no produjera tantas dificultades, tantos dolores de cabeza a la hora de mostrar quién era el personaje». El argumento es: «Los evangelios tal como han llegado hasta nosotros son infalsificables». O dicho de otro modo: no pueden concebirse los evangelios como el producto de una mera falsificación de varias manos diferentes.

Empiezo por un ejemplo: la escena del bautismo de Jesús. Voy a intentar meterme imaginativamente en la piel de un escritor evangélico: si yo, como evangelista, me invento la escena del bautismo de Jesús a manos de Juan Bautista, y la dibujo de un modo similar a como aparece en los llamados «sinópticos» (evangelios de Mateo, Marcos y Lucas), sería un poco tonto, porque estoy amañando una escena que me va a producir a mí, y a mi Iglesia, un buen monto de dificultades teológicas... algunas difícilmente superables. En efecto, la Iglesia en general, a finales del siglo I, ya cree que Jesús es el Hijo de Dios real, óntico, y por esencia, no en lenguaje figurado, por tanto un ser sin pecado, absolutamente puro, como Dios que es. Por tanto la escena del bautismo planteará a los fieles de modo inmediato la siguiente pregunta: ¿para qué necesita un ser sin pecado bautizarse con la gente, es decir, recibir un agua lustral que por esencia misma está destinada al perdón de los pecados? Y que esta dificultad fue sentida, que así ocurrió efectivamente, lo muestra la manera cómo un evangelista detrás de otro trata esa escena y cómo procura explicarla, arreglarla y diría casi que amañarla, ya que no la puede

negar. Al caer en la cuenta de las dificultades teológicas que el bautismo de Jesús va a suscitar entre sus lectores, intentan por todos los medios los autores evangélicos darle una aclaración..., y esta se hace añadiendo elementos a la escueta noticia de que «Jesús fue bautizado por Juan Bautista»... o modificando la escena. No se trata de una escena compuesta de una vez consensuada por un grupo de falsarios. Considerémosla.

El evangelista Marcos presenta el hecho con relativa sencillez, pero tiene la necesidad de añadir a la escena del bautismo un elemento maravilloso, una «teofanía» o aparición divina, que manifiesta a las claras que ese Jesús es algo distinto a los pecadores corrientes:

Por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. No bien hubo salido del agua vio que los cielos se rasgaban y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: «Tú eres mi Hijo muy amado; en ti tengo mis complacencias» (Mc 1,9-11).

El siguiente evangelista en orden cronológico probable, Mateo, cae ya en la cuenta con mucha mayor viveza del problema teológico que hemos mencionado: ¡Jesús, absolutamente sin pecado, recibe un bautismo para remisión de los pecados! Mateo entonces —de su propia cosecha— enriquece la historia con un diálogo justificativo de este hecho entre Juan Bautista y Jesús:

Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan para ser bautizado por él. Pero Juan trataba de impedirlo diciendo: «Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?». Le respondió Jesús: «Déjame ahora, pues así conviene que cumplamos toda justicia». Entonces lo dejó. Bautizado Jesús, salió luego del agua, y en esto se abrieron los cielos... (Mt 3,13-16).

Lucas, el evangelista siguiente, que escribe probablemente un poco después de Mateo, siente la necesidad de arreglar aún más el cuadro, y actúa con gran astucia literaria. En primer lugar antepone cronológicamente a la escena del bautismo de Jesús la encarcelación de Juan Bautista (3,19-20). De este modo cuando llegue para Jesús el momento de ser bautizado, Juan Bautista se halla en la cárcel! Implícitamente, el lector debe obtener la consecuencia de que Juan no pudo bautizarlo... Inmediatamente después del encarcelamiento, el evangelista Lucas describe la escena del bautismo, sin nombrar a Juan Bautista:

Cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús, y puesto en oración [añadido típico de Lucas], se abrió el cielo... (Lc 3,21).

El cuarto evangelista, a quien la tradición llama Juan, que escribe unos veinte años más tarde, corta por lo sano y elimina el problema teológico de raíz: omite por completo la escena del bautismo y se limita a referir el testimonio, muy positivo, de Juan Bautista sobre Jesús:

Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él y dice: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es de quien yo dije: Viene un hombre detrás de mí, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo...» (1,29-30).

Este testimonio se repite varias veces, pero nunca se menciona el bautismo (Jn 1,19; 1,36; 3,27). El lector atento de los evangelios puede observar, pues, cómo un problema teológico, el bautismo de un personaje que se piensa sin pecado, Jesús, se va «arreglando» por medio de una reelaboración progresiva de la historia, hasta llegar al Cuarto Evangelio, que evita el problema omitiéndolo. Su autor no solo elude la cuestión, sino que pone en boca de Juan Bautista unas palabras sobre quién es realmente Jesús propias de su teología particular, es decir solo concebibles en boca del autor y no del Bautista, en momentos ulteriores de la vida del grupo cristiano, a saber, cuando ya era firme la creencia en la resurrección, en la divinidad de Jesús y en que su muerte había sido un sacrificio redentor como el cordero de la pascua. ¿Qué se deduce de este análisis literario e interno a los textos mismos, es decir, de la crítica interna a los evangelios tal como están? Algunas cosas e importantes:

1. El bautismo de Jesús fue un hecho histórico y de trascendencia, pues los evangelistas tuvieron que contarlo, a pesar de la cantidad de problemas que ese acontecimiento les planteaba a ellos y sus lectores. En consecuencia Jesús, de quien se cuenta tal hecho, hubo de existir históricamente. Cualquier otra hipótesis es absurda.

2. Si el personaje Jesús fuera absolutamente inventado, lo habrían «construido» los escritores evangélicos más consecuentemente: no habría diferencia alguna entre el «Cristo de la fe» y el «Jesús de la historia». Los evangelistas no habrían inventado escenas que luego iban a costar a la Iglesia posterior un enorme dolor de cabeza teológico.

3. Si el personaje de Jesús fuera totalmente inventado no lo habrían construido con «hermanos carnales», tema que a partir del siglo II costó igualmente dolores de cabeza a algunos estamentos de la Iglesia que sostenía ya la virginidad *perpetua* de María (hacia el 150, evangelio apócrifo *Protoevangelio de Santiago*). Así Pablo, el primer escritor cristiano cronológicamente para quien la virginidad de María no significa absolutamente nada, en 1 Cor 9,5 distingue entre los «hermanos del Señor» y «los

otros apóstoles y Pedro»; en Gal 1,19 llama «hermano del Señor» a Santiago, no a Pedro (similarmente en Gal 2,9.12; 1 Cor 15,7, aunque no aparezca expresamente la designación de hermano). La presentación de Santiago como hermano ha de entenderse en Pablo como «hermano carnal», ya que el contexto no permite interpretar el vocablo «hermano» como «conmilitón en la fe». En la tradición del Evangelio de Marcos aparecen hermanos carnales de Jesús en 3,21; 3,31-35; 6,3. No sabemos si Mt 13,55 puede basarse en una tradición paralela o si depende de Marcos, pero para el argumento es indiferente. En la tradición marcana aparecen incluso el nombre de los hermanos: Santiago, Joseto [José], Simón y Judas. La escuela johánica es aquí concorde: nombra a los hermanos carnales de Jesús en Jn 2,12; 7,3.5.10. La fuente utilizada por Lucas (o quien fuere el autor) en Hechos de los Apóstoles asume esta tradición, pues habla de su madre, María, y los hermanos de Jesús en 1,14, la da por supuesta en 12,17; 15,13; 21,18 aunque no aparezca el calificativo de hermano referido a Santiago.

4. La tradición no evangélica, externa, confirma que Jesús tenía al menos un hermano carnal, Santiago. Hemos visto ya como Flavio Josefo, poco posterior cronológicamente a Pablo, recoge la muerte de Santiago, identificado expresamente como «hermano de Jesús, en 62 e.c. y menciona expresamente las circunstancias, por lapidación (*Antigüedades de los judíos* XX 200). También hemos señalado que no hay razones de peso para suponer una interpolación en este pasaje. Recordemos que el testimonio de Pablo de Tarso sobre Jesús en los inicios mismos del judeo-cristianismo resultaría inexplicable si asumimos que este Santiago es un personaje meramente literario. Puente Ojea escribió al respecto:

Si Pablo hubiese podido creer que estaba negociando con personas no tenidas por él como testigos y fedatarios auténticos del mesías Jesús, cuando todavía no se habían escrito los cuatro evangelios canónicos, habría que pensar que Jesús era un personaje irreal y fantástico creado ya por un escritor esquizofrénico. Pero a nadie se le ha ocurrido aún plantear la hipótesis de un Pablo chiflado. [...] De la experiencia personal y del movimiento mesiánico de Jesús, los apóstoles y demás judeocristianos de la iglesia de Jerusalén no hicieron de Jesús un salvador de corte helenístico, ni dudaron jamás de la existencia real de su maestro y líder mesiánico. Serían los seguidores de Pablo o de Juan quienes tardíamente —después de la crucifixión, muerte y supuesta resurrección de Jesús— se atrevieron a creer en un Cristo divino (inexistente)¹¹.

11. *¿Existió Jesús realmente?*, cit., p. 196.

5. Si alguien estudia a fondo los evangelios, se confirmará en la idea de que el conjunto de anécdotas y dichos de Jesús es a veces tremendamente contradictorio y problemático. De dichos y hechos de Jesús se conservan en la tradición recogida por otros autores no evangélicos (*Didaché*; Ignacio de Antioquía; Pseudo Bernabé; Justino Mártir) muchas variantes que no pueden explicarse de ningún modo por la hipótesis de un Jesús como mera construcción literaria, porque si esto fuera cierto, el Jesús que nos habría llegado sería infinitamente más uniforme, sin tales variaciones.

No dudo de que el estudioso de los evangelios que presta la debida atención a estos hechos se confirmaría en la idea de que los escritos evangélicos no son una falsificación: es imposible pensar en un laboratorio, o gabinete de «mitistas», dispuesto a construir como mera realidad literaria un personaje como Jesús según aparece en los estratos diversísimos de los evangelios y otros escritores casi contemporáneos. Y concluyo: si los evangelios no son falsificables, parece claro que solo se sustentan en tanto obra si se piensa que existió un Jesús de Nazaret real, del que se contaron muchas historias y del que se repitieron muchos dichos, que fue luego reinterpretado por diversas gentes, y luego repensado de tal modo que resultó divinizado, convirtiéndose entonces en Jesucristo.

Pasamos a otro argumento: explicar histórica y razonablemente el cristianismo —tal como se muestra, por ejemplo, en los restos literarios que de él quedan en el siglo I: el Nuevo Testamento; o de los inicios del siglo II, como la *Didaché*, o el núcleo auténtico de las cartas de Ignacio de Antioquía, muerto en el 110 e.c.— sin que Jesús de Nazaret haya existido, produce infinitos dolores de cabeza al historiador; mucho más que lo contrario. Con otras palabras: en el ámbito de la historia científica es mucho más fácil explicar por qué surgió el cristianismo si Jesús de Nazaret existió en verdad (no Jesucristo) que si se afirma que este personaje es una mera ficción literaria, un puro invento.

En el Nuevo Testamento, redactado entre el 51 y el 130 e.c., aparecen diversos cristianismos con teologías bastante distintas, lo que da fuerza al argumento que acabamos de apuntar: esta diversidad no puede explicarse si ese corpus de escritos, y su fundamento, Jesús de Nazaret, fueron un conjunto mítico elaborado de consuno por uno o varios falsarios. En efecto, cronológicamente, a mediados del siglo I —en concreto entre el año 51 y el 64— encontramos siete cartas que llevan el sello y la marca inconfundible de una misma mano. El que las escribió se denomina a sí mismo «Pablo» y da a entender que sus destinatarios lo conocen muy bien. Pero lo curioso es que su modo de ver el cristianismo —en ese momento es mejor llamarlo judeocristianismo— es muy diferente —en algunos

puntos radicalmente distinto— de otros escritos que también profesan el mismo judeocristianismo. Por ejemplo: el Evangelio de Mateo, compuesto después de la aniquilación de Jerusalén por las tropas romanas en el 70 e.c., tiene una posición respecto a la vigencia de la ley de Moisés completa como instrumento de salvación, totalmente distinta a la de Pablo, pues para Mateo, al parecer, la ley mosaica *completa* sigue siendo válida (5,17-19) tanto para los judeocristianos como para los gentiles conversos (cosa que el Apóstol no admitiría). El Evangelio de Mateo se escribió en parte a fin de corregir y matizar algunos puntos de vista teológicos de Pablo que le resultaban oscuros. El judeocristianismo que está detrás del Evangelio de Lucas y de los Hechos de los Apóstoles, con su concepción de la historia de la salvación, es muy distinto del de Mateo y del de Marcos. La teología del Evangelio de Juan —una teología del Logos— es muy diferente de la de los otros evangelistas, en los que tal teología ni siquiera aparece.

Las veintisiete obras del Nuevo Testamento han sido compuestas al menos por trece o catorce manos diferentes. Todos estos autores son independientes entre sí; muchos de ellos no se conocen entre ellos, e incluso son adversarios teológicos en algunas de sus ideas. La mayoría compone sus escritos independientemente, girando en torno a una interpretación diferente del mensaje de un mismo personaje, Jesús. Ahora bien, a partir de las tesis mitistas que hablan de un proceso que duró un cierto tiempo, la teología del principio del cristianismo se habría manifestado mucho más como un todo uniforme en torno al «invento» literario de un personaje que nunca existió. Pero estamos hablando de que el Nuevo Testamento es en realidad un «cajón de sastre» teológico. ¿A qué grupo se le iba a ocurrir inventarlo así? Si Jesús de Nazaret no hubiese existido, es prácticamente imposible explicar esta variedad dentro de una cierta unidad: pueden estar de acuerdo en lo sustancial a la vez que se diferencian en múltiples aspectos.

La estructura de la Iglesia que se transparenta en las Epístolas Pastorales (o Comunitarias) es tan distinta a la organización de las primeras comunidades paulinas como la noche lo es del día. Y el cristianismo de la Epístola de Santiago junto con el del Apocalipsis es mucho más judío y tradicional que el judeocristianismo «rompedor de moldes» de Pablo y sus seguidores. ¿Es razonable pensar que en un lapso de tiempo de unos setenta años, escritores distintos, de distintas localidades geográficas, algunas bastante alejadas entre sí, se pusieran de acuerdo para inventar un personaje, un auténtico mito religioso por hipótesis, con una cierta unidad y unas notables variaciones a la vez? Este proceso histórico parece inverosímil e improbable. Es mucho más fácil postular la existencia absoluta-

mente histórica de un personaje concreto, Jesús de Nazaret, un personaje como tantos otros, rico en ideas y hechos reales variados, pero que por su misma variedad dentro de un marco judío admite distintas interpretaciones a medida que pasan los años tras su muerte. Esas interpretaciones fueron los escritos preevangélicos y los evangelios mismos.

No es necesario seguir más. Este judeocristianismo del siglo I tan variado solo tiene una explicación histórica plausible, a mi entender: la existencia asimismo histórica de una personalidad religiosa muy influyente que se prestó a diversas interpretaciones, y reinterpretaciones, dentro de una cierta unidad. Insisto en que postular que el personaje básico y el fundamento de ese fenómeno religioso (el Nuevo Testamento y el cristianismo primitivo) fue un puro invento de alguien, o de un pequeño grupo, no tiene ni pies ni cabeza desde el punto de vista de la razonabilidad histórica. Naturalmente, la existencia histórica de Jesús como profeta, proclamador del reino de Dios, maestro de la ley, sanador, exorcista, de postura notablemente antirromana, etc., no implica que la transmisión histórica de su figura no haya sufrido múltiples idealizaciones.

El último argumento es el de la «economía», siguiendo la norma de que «no hay que multiplicar los entes sin necesidad» (Guillermo de Ockham). En realidad, es otra manera de expresar el argumento anterior: es mucho más económico, sencillo y plausible aceptar la existencia histórica de Jesús que suponer que fue un mero constructo literario. Si, como hemos argumentado, para un historiador de la Antigüedad produce infinitos quebraderos de cabeza explicar el cristianismo sin la existencia histórica de ese maestro de la ley fracasado; es mucho más económico, sencillo y plausible aceptar la existencia histórica de Jesús que suponer que fue un mero constructo literario. Insisto en que esta última hipótesis me parece absurda científicamente y en nada conforme con la realidad de la tradición textual que está ante nuestros ojos. El razonamiento que pivota sobre la «economía» va unido también a una idea directriz de la metodología histórica: el argumento más sencillo y que a la vez explica más cosas es el que más se acerca a la posible verdad.

4. *Crítica de obras recientes de negacionistas*

Como complemento a los argumentos expuestos, presento una crítica a dos obras relativamente recientes. La primera la de Michel Onfray, por la repercusión que han tenido entre lectores en lengua española. La segunda, de Richard Carrier porque, salvo error por mi parte, es la última obra seria que se ha escrito para sustentar la no existencia histórica de Jesús de Nazaret.

1. A las tesis de M. Onfray (pp. 22-23), respondo que realmente sus ideas no solo no son novedosas ni brillantes, ni simplemente ingeniosas, sino también manidas y no probadas, enunciadas de un modo voluntarioso y arbitrario, algo así como si creyera que sus palabras tuvieran poder performativo. Nuestra exposición en las páginas anteriores es suficiente respuesta. Por otro lado, se observa en la obra de Onfray un grave defecto de método que afecta a muchos de los que niegan la existencia histórica de Jesús y es que en realidad presenta pocos argumentos probatorios de su tesis, pero muchos en contra de la perversión, o perversiones, en las que han caído los seguidores de Jesús a la largo de la historia, la maldad del cristianismo o de la Iglesia. Y en realidad creen que exponer la maldad ínsita del movimiento cristiano es argumento para demostrar la inexistencia histórica de Jesús. Pero no es así. Hacen falta muchos y más sólidos argumentos.

2. Hemos escrito arriba que Richard Carrier sostiene que las pruebas aportadas en defensa de la existencia de Jesús no tienen una fuerza probativa por falta de probabilidad intrínseca (p. 21). Pero estimo por mi parte que, aunque su obra tiene un arranque prometedor por el uso de métodos (estadísticos) nuevos para sustentar la probabilidad de que Jesús nunca existió, el lector crítico queda luego decepcionado porque encuentra serios fallos de método en su obra. En efecto, la estimación de los métodos de los filólogos e historiadores actuales por parte de Carrier es superficial y errónea, ya que no tiene en cuenta los inúmeros estudios que demuestran que hay secciones de los evangelios que contienen datos indudablemente históricos. Y si no los aceptamos, se hundiría toda posibilidad de hacer historia antigua. Carrier se concentra en las diversas hipótesis sobre la existencia de Jesús, pero apenas tiene en cuenta los documentos en sí, ni tampoco cuáles son las mejores explicaciones posibles de los datos históricos que indudablemente ofrecen. Por no decir que Carrier no tiene tampoco en cuenta el análisis crítico de los evangelios —muy serio y profundo realizado desde hace siglos por toda clase de personajes de todo tipo de condición religiosa— de donde se deduce a mi entender la imposibilidad de que los evangelios sean una mera falsificación, y que solo se explican con el sustrato de un personaje realmente existente. Con otras palabras, Carrier no llega a ponderar seriamente la idea de que los mitos religiosos cristalizan casi siempre en torno a una personalidad histórica que se reinterpreta e idealiza..., cierto, pero que esa personalidad forma la base del mito.

La interpretación de Carrier de las fuentes antiguas me parece subjetiva y a veces muy rara (¿incorrecta?), como si estuviera dictada por el apriori de que una religión como la cristiana, tan parecida a los cultos

de misterio de la Antigüedad, tiene que ser falsa en principio, ya que su Dios es falso y todos esos cultos son falsos. Pero una cosa es la existencia histórica de Jesús de Nazaret y su figura como menestral y a la vez maestro de la ley de Moisés y profeta del reino de Dios, fracasado en su propósito de convencer a sus contemporáneos de sus ideas, y otra muy distinta es si la interpretación que de su figura y misión se haga, tanto en los primeros momentos tras su muerte como hoy día, se acerca o no a esos presupuestos históricos básicos. En esta cuestión nada tiene que ver si la creencia en el Dios de los cristianos es errónea o no.

Finalizo este capítulo con un comentario sucinto que engloba mis conclusiones. Más bien, un apunte, pues creo que es el lector el que debe obtener las suyas propias:

— Es posible una reconsideración del testimonio de las fuentes antiguas extracristianas, en especial los muy famosos textos de Flavio Josefo (*Antigüedades*, XVIII 63-64 y XX 200; p. 29-33).

— Es perfectamente posible una reconsideración de las tesis de los mitistas y una refutación convincente de ellas. Como norma general en la metodología de la historia antigua debe adoptarse el argumento más «económico», sencillo, y que explique a la vez el mayor número de datos posibles aunque quizá no todos.

— Volvería a mantener que el noventa y nueve por ciento de los que hoy estudian seriamente a Jesús y el cristianismo primitivo, independientemente de su adscripción religiosa, o ninguna, de su pertenencia a una escuela de investigación, o a ninguna, incluida la proclamación de su agnosticismo o ateísmo, sostiene sin lugar a duda alguna que la respuesta a la pregunta «¿Existió Jesús realmente?» es un sí muy claro.